

Evangelizar como Jesús, para transmitir la fe cristiana. Iluminación bíblica a partir de Mc 4,35-5,43

Santiago Silva Retamales*

Sumario

El autor escoge la unidad literaria de Marcos (Mc. 4, 35-5,43) para iluminar bíblicamente la Nueva Evangelización como transmisión de la fe cristiana. En un contexto de incredulidad y de rechazo, Jesús se constituye para los suyos en un modelo de evangelizador y en un maestro que exige la fe propia a los que van a ser suyos.

El autor, como buen biblista, comenta detenidamente cuatro milagros: El de la tempestad calmada, el del endemoniado de Gerasa (milagros de exorcismo); el de la resurrección de la hija de Jairo y la curación de la hemorroisa (milagros de curación). Todos estos milagros giran alrededor de la fe o mejor, la fe es allí una exigencia fundamental.

* Licenciado en Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Licenciado en Ciencias Bíblicas del Pontificio Instituto Bíblico di Roma. Obispo Auxiliar de Valparaíso, Chile. Secretario General del CELAM. Presidente del Centro Bíblico para América Latina - CEBIPAL.

El artículo aquí presentado corresponde a la conferencia que el autor presentara en el encuentro de Obispos Latinoamericanos realizado del 27 al 30 de julio del presente año como preparación para participar en el próximo Sínodo sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana.



Jesús es un evangelizador que quiere y busca la fe de los discípulos, por la cual éstos se abren a la contemplación de su misterio y al deseo de proclamarlo. El autor concluye su estudio afirmando que Jesús es la fuente de la fe de los suyos y la realidad fundante de todas las Nuevas Evangelizaciones. Esa fe discipular es la que escucha y obedece a Jesús. Es una fe que se adquiere en el encuentro personal con Cristo; y es una fe que se explicita en el anuncio gozoso del Reino; y una fe que ilumina la existencia y que tiene su propia dinámica.

Palabras clave: Evangelización, Nueva Evangelización, Fe, Fe discipular, Milagros de Jesús.

To Evangelize like Jesus did, to Transmit Christian Faith Biblical enlightenment from Mk, 4, 35-5,43

Abstract

The author chooses the literary unit of Mark (Mk. 4, 35-5,43) to show from a biblical perspective New Evangelization as handing on the faith. In a context of unbelief and rejection, Jesus becomes for his disciples a model evangelizer and a master who demands personal faith from those who will be his followers.

The author comments in detail on four miracles: the calming of the storm; the man possessed by the evil spirit in Gerasa (miracles of exorcism); the resurrection of the daughter of Jairus and the healing of the haemorrhaging woman (healing miracle). These miracles are related to faith which in the context is the fundamental condition.

Jesus is the evangelizer who demands and seeks the faith of his disciples. From this faith experience they in turn are enabled to contemplate its mystery and discover the desire to proclaim it.

The author concludes that Jesus is the source of the faith of his disciples and the foundation principle of all New Evangelizations. This disciple faith listens to and obeys Jesus. It is obtained through personal encounter with Christ; it becomes explicit in the joyful proclamation of the Kingdom, it has its own particular dynamic and enlightens human existence.

Key words: Evangelization, New Evangelization, Faith, Disciple Faith, Miracles of Jesus.



Los milagros de Mc 4,35-5,43, catequesis sobre la fe y la evangelización

Varios pasajes de los evangelios sinópticos o de san Juan se podrían haber escogido para iluminar bíblicamente la Nueva Evangelización como transmisión de la fe cristiana, tema del próximo Sínodo de Octubre del 2012. Por ejemplo, uno de estos pasajes, podría haber sido “la jornada modelo en Cafarnaún” (Mc 1,21-39), jornada que reúne los elementos fundamentales de la primera evangelización de Jesús en Israel.

Sin embargo, se vio más pertinentes escoger la unidad literaria de Marcos 4,35-5,43, pues, precisamente en contexto de rechazo e incredulidad (situación análoga a nuestra época), Jesús se transforma para los suyos en Modelo de evangelizador y en Maestro que les exige la fe propia de aquellos que han sido llamados a pertenecer a los de “adentro”, es decir, a los de su comunidad mesiánica.

La unidad literaria de Marcos 4,35-5,43 trae cuatro milagros: a)- la tempestad calmada: 4,35-41; b)- el endemoniado de la región de Gerasa: 5,1-20; c)- la curación de una mujer que sufre flujos de sangre: 5,25-34, y d)- la resurrección de la hija de Jairo, jefe de una de las sinagogas de la región: 5,21-24 y 5,35-43. Los dos primeros milagros suceden en el lado oriental o pagano del lago de Galilea (4,35; 5,1), y los otros dos en la margen occidental o judío del lago (5,21). Los dos últimos milagros los llamaremos “la curación de la hija de Jairo” y “la curación de la hija de Israel”¹.

¹ Los textos bíblicos se toman de los *Evangelios de la Biblia de la Iglesia en América* que fueron publicados por el CELAM el año 2011, Bogotá. Acerca de esta nueva traducción, cfr. S. Silva Retamales y C. Junco Garza: «Historia y principios hermenéuticos en la nueva traducción *Biblia de la Iglesia en América (BIA)*» en S. Guijarro y G. Hernández (coords.), *Los ecos de la Escritura. Homenaje a José Manuel Sánchez Caro*, Estella - Navarra 2011, 197-214.



El género literario de cada una de las cuatro perícopas es “relato de milagro”. Se estructura con los siguientes elementos propios: a)- presentación de los personajes y descripción de su enfermedad; b)- intervención eficaz de Jesús por su palabra o mediante un gesto (o ambos); c)- información sobre los resultados de la intervención de Jesús; d)- última recomendación de Jesús; en Marcos, generalmente a guardar silencio (“secreto mesiánico”), y e)- noticia sobre la reacción de los testigos (generalmente el asombro, la admiración, la sorpresa). No siempre todos estos elementos se encuentran presentes o están en el orden señalado.

Estos milagros forman parte de la sección constituida por Marcos 3,7-6,6a. Frente a la muchedumbre sin fe profunda o sin ninguna fe, frente a los fariseos ávidos de deshacerse de Jesús, y frente a sus parientes que no se explican de dónde surge la creciente fama de Jesús si su origen es tan humilde y su oficio conocido por todos, los discípulos son convocados por Jesús como la nueva familia de Dios o el nuevo Israel que, sentado a los pies del Ungido, escuchan sus enseñanzas, buscando cumplir la voluntad del Padre (Mc 3,31-35).

Los milagros en este contexto de creación de una nueva comunidad y de rechazo e incredulidad por parte de muchos, ilustran: a)- cómo debe ser la fe de aquellos que han sido invitados a formar parte de la auténtica familia de Jesús, es decir, de “los de adentro”² y, b)- cómo Jesús los evangeliza para que tengan precisamente esa fe discipular que debe caracterizarlos.

La clave de lectura, por tanto, desde la cual enfrentaremos la aproximación exegética de los textos, es la de Jesús evangelizador de la fe de los suyos. Dos preguntas se buscan responder: ¿Qué fe exige Jesús a los que son sus discípulos en aquel contexto de rechazo e incredulidad?, y ¿cómo hace Jesús para evangelizarlos de forma que “crean” como “sus discípulos”?

Se trata de dos aspectos complementarios, por cuanto la fe se adquiere por la predicación o la evangelización (Rm 10,14-17), y la auténtica fe necesariamente impele al testimonio gozoso.

² Mc 4,40; 5,17.34.36; 6,6a.

Jesús, el Señor que libera: Mc 4,35-5,20

1. *La tempestad calmada*

Los dos primeros milagros, la tempestad calmada (Mc 4,35-41) y el endemoniado de Gerasa (5,1-20), responden -por cultura del siglo I y vocabulario- a relatos de exorcismo.

Según Marcos 4,35, Jesús, por primera vez en lo que va de la narración, manifiesta su deseo de cruzar a la otra orilla del lago, al lado oriental donde se encuentran varios poblados no judíos³. Si la primera iniciativa es de Jesús (Mc 4,35), sin embargo, el momento de la travesía, quiénes lo acompañarán y el lugar concreto de arribo es decisión de los discípulos (4,36).

La travesía se realiza al «caer la tarde» (Mc 4,35), expresión en Marcos relacionada con la presencia de endemoniados y enfermos o con peligros o con la incompreensión de los discípulos⁴. En realidad el escenario se está preparando para una contrariedad más en la vida de Jesús.

Los discípulos «toman consigo [a Jesús], tal como se hallaba en la barca, a pesar de que había otras barcas con él» (Mc 4,36)⁵. “Tomar” (paralambáno) aparece aquí, en nuestro texto (Mc 4,36), y en Marcos 5,40; 9,2 y 10,32. Jesús -a excepción de nuestro texto- siempre es el sujeto del verbo. Así, mientras “él” (Jesús) decide hacer la travesía (4,35) son “ellos” (los discípulos) los que despiden a la gente, se alejan de otras barcas y toman a Jesús «como estaba en la barca» (4,36).

“El que toma” es quien tiene la iniciativa, excluyendo a otros. Al tomar a Jesús y llevárselo consigo lo separan de la muchedumbre (Mc 4,36a) y de las otras barcas que estaban con él (4,36b), expresión idéntica a la empleada por Jesús para elegir a sus discípulos (3,14)⁶.

³ Mc 5,1; 6,45; 8,13.

⁴ Mc 1,32; 6,47; 11,11.19; 13,35; 14,17 y 15,42.

⁵ «A pesar» o «aunque» (Mc 4,36) traduce *kaí* con sentido adversativo y significa: “si bien, sin embargo”, sentido que no es extraño al *Nuevo Testamento* (Mt 3,14; 5,31; 6,26; Jn 3,11.19; 4,20; 1, Cor 5,2).

⁶ El sintagma: “verbo *eimí* + *met'autou*” de Mc 4,36b, es idéntico al de 3,14: “verbo *eimí* + *met'autou*”.



Así, este relato de exorcismo de la tempestad calmada se transforma en una narración de seguimiento del Señor y de conductas de los discípulos, en vista a la evangelización de un territorio pagano, que Jesús no quiere para los suyos.

Más claro resulta aún el contraste al comparar el comportamiento de Jesús en situaciones similares, como la narrada en Marcos 6,45: «Luego mandó a sus discípulos que subieran a la barca y se adelantaran a la otra orilla, en dirección a Betsaida, mientras él despedía a la gente».

La acción de los discípulos es un acto de apropiación indebida que reduce a Jesús a la inactividad y al silencio. Jesús no los ha enviado a la región de los gerasenos ni tampoco ha elegido -como acostumbra⁷- a los que quiere llevar consigo. Los discípulos monopolizan la iniciativa de la misión y es bastante probable que la enfoquen desde sus categorías judías que profesan (prioridad y superioridad de Israel sobre los demás pueblos: Mc 10,37), y no desde su nueva condición de seguidores del Mesías. Como Pedro, buscan ponerse delante del Señor y enmendar los planes de Dios y no cargar con la cruz y seguir al Mesías por el camino establecido por el Padre, sea éste cual sea (8,32-34).

Una vez en el lago, sobreviene «una fuerte tempestad» o un fuerte viento (Mc 4,37), lo que hace que las olas se introduzcan en la barca. No son raras estas tempestades en el mar de Galilea o lago de Tiberíades, aunque sí sorprendidas. Se levantan por los vientos que azotan el lago por la ribera oeste (lado del Mediterráneo) y aquellos venidos del norte (lado del desierto sirio).

Frente al viento tempestuoso y al posible naufragio, Jesús - llevado por iniciativa de sus discípulos- se desentiende y se duerme sobre el cabezal de la barca. Su gesto es intencionado, pues se ubica en el lugar preparado para descansar. Su comportamiento se asemeja, en lo externo, al del profeta Jonás quien -en medio de una fuerte tempestad- baja a la bodega del barco y, despreocupado, se pone a dormir (Jon 1,5). Los marineros lo despiertan y piden que interceda por ellos de manera análoga a como lo hacen los discípulos de Jesús: «¿Qué

⁷ Mc 5,18-20.37.40; cfr. 3,13.

haces aquí durmiendo? Levántate e invoca a tu Dios, a ver si ese Dios se ocupa de nosotros y no morimos» (1,5)⁸. Mientras Jonás duerme porque huye de la misión encomendada por Dios, el sueño de Jesús es expresión de su confianza en Dios y de su poder y soberanía sobre los espíritus impuros.

La intención del evangelista es subrayar el gran contraste entre la actitud confiada y despreocupada de Jesús, y el miedo y la angustia de los discípulos ante la tempestad que amenaza sus vidas (Mc 4,37).

El viento que agita las olas equivale -en la mentalidad bíblica- al caos original (Gn 1,2) que perturba el orden creado. Quienes lo perturban y buscan la muerte de los marineros son los monstruos marinos, tales como Leviatán y Rahab, y los espíritus impuros que habitan en las profundidades del mar o lago⁹. Quien en realidad provoca el peligro no son las olas, sino el viento tempestuoso que hace que aneguen la barca. El viento son los espíritus impuros¹⁰, y ésta es la razón por la cual Jesús calma la tempestad, “ordenando” que se calle (Mc 4,39: *epitimáo*), tal como lo hace con los espíritus impuros (1,25)¹¹. En la traducción griega de los Salmos se emplea el verbo *epitimáo* para indicar la intervención salvadora de Dios cuando el orante o el pueblo acude a él debido a alguna desgracia o peligro de muerte. Por ejemplo: «Mandó (*epitimáo*) al mar Rojo y quedó seco... los salvó... los rescató de las manos de sus enemigos» (LXXSal 105,9-10)¹².

La navegación de los discípulos de Jesús a la orilla pagana del lago de Galilea recrea la tarea evangelizadora de la primera comunidad cristiana enfrentada a las tempestades propias de un anuncio del Reino que debe sortear numerosas y fuertes dificultades.

⁸ Comparar con Mc 4,38-39.

⁹ Is 27,1; Sal 74,13-14; 89,10-11; 104,26; Job 26,5-6.12; 40,20-41,26.

¹⁰ El sustantivo griego *ánemos* se traduce también por “viento, sopro, aire, espíritu”. En este milagro, en el que aparece cuatro veces el término (Mc 4,37.39[2 veces].41), es siempre adverso y de riesgo para la vida, puesto que las olas, si el viento no las agita, no representan ningún peligro; dominado el viento, se calmará el mar. Estos datos indican que la fuerza del símbolo se concentra en la palabra “viento” o “espíritu”.

¹¹ El mismo verbo *epitimáo* con el sentido de “dar una orden, mandar”, se encuentra tanto en Mc 4,39 como en 1,25.

¹² Sal 9,6; 67,31; 118,21.



Se denuncian algunas causas que entorpecen la evangelización: embarcarse sin contar completamente con el Señor; no confiar plenamente en Jesús, aunque él esté dormido; dejarse dominar por un doble temor: al mar y al mismo Jesús; no terminar de creer en la identidad de Jesucristo (Mc 4,41: «¿Quién es éste, que hasta el viento y el lago lo obedecen?» ni profundizar en su mensaje; olvidarse que “discípulo” es aquel que va detrás del Señor y no delante de él (8,32-34), enviado a predicar y a expulsar demonios donde el Mesías lo determine, no donde y cuando se le pueda ocurrir a la comunidad (3,13-15).

El relato del milagro de la tempestad calmada leído por la comunidad postpascual y a la luz de las dificultades por las que atraviesa la evangelización de la segunda generación de cristianos es una narración teofánica que exhorta a confiar en la liberación y victoria en los tiempos de tribulación y persecución que la Iglesia vive¹³. Una de las principales amenazas podrían ser las perspectivas judaizantes de los discípulos de Jesús desde las que quieren enfrentar la novedad del Reino, perspectiva que aún después de la resurrección del Señor manifiestan¹⁴. La fe del discípulo es aquella que no teme, puesto que confiesa a Jesús como Señor que libera de los espíritus impuros, por poderosos que éstos sean (Mc 5,3-4.9).

Porque Dios es el creador del viento y del mar¹⁵, puede provocar una furiosa tempestad¹⁶ como aquietar su ímpetu destructor, reprimiendo el viento y las olas, y reduciéndolos a una suave brisa¹⁷. La fe discipular es confesión de la identidad de Jesús y confianza en su poder divino, quien -como Señor y Mesías- reprime el viento y el mar (Mc 4,35-41)¹⁸, vence las fuerzas adversas al hombre que son un peligro mortal y extiende -por sus discípulos- el Reino liberador de su Padre. Sin duda que esta manifestación de poder de Jesús, que se análoga al de Dios, les recordó a sus discípulos lo que acostumbraban

¹³ Mc 8,34-38; 4,16-17; 10,38-39; 13,9-13.

¹⁴ Mc 10,35-37; Lc 9,51-56. Un buen ejemplo de estas perspectivas judaizantes entre judíos-cristianos, lo encontramos en las causas que dieron origen al llamado “sínodo de Jerusalén: Hch 15,1-29. Incluso, luego de la resurrección de Jesús, algunos de sus discípulos aún sustentan su esperanza en el cumplimiento de dichas perspectivas: Lc 24,21.

¹⁵ Gn 1,2.6-9; Sal 95,5; 104,5-9; Is 40,12-13; Am 5,8; Job 38,8-11.

¹⁶ Is 51,15-16; Jr 31,35; Job 12,15.

¹⁷ Sal 65,7-8; 77,16; 89,10; 93,3-4; 107,23-32; Is 17,12-13; Prov 30,4; Job 12,15; 28,25.

¹⁸ Sal 69,2.15-16.

a orar en el Salmo: «Clamaron al Señor en su angustia y él los salvó de la aflicción; redujo el temporal a suave brisa, hizo que se calmara el oleaje» (Sal 107,28-29).

Sin embargo, la reacción de los discípulos no es la que el Salmo prevé: «Se alegraron de ver las aguas en calma... Den gracias al Señor... Aclámenlo en la asamblea... Alábenlo en el consejo de ancianos» (Sal 107,30-32). Por parte de los discípulos no hay ni alegría ni acción de gracias ni aclamaciones, sino una gran sorpresa que se manifiesta -por un lado- en un profundo miedo (Mc 4,41a) y -por otro- en una pregunta sobre la identidad de Jesús (4,41b). Ni las preguntas ni la incomprensión que éstas suponen¹⁹ son extrañas a la presentación del discipulado en la Primera Sección del evangelio de Marcos (1,14-8,30).

La pregunta de los discípulos sobre la identidad (Mc 4,41) permite deducir que la raíz de su miedo está en su falta de conocimiento de Dios y de su Ungido. Según el Antiguo Testamento, el miedo se explica porque todo el que ve a Dios, irremediamente muere²⁰. Si los discípulos tenían miedo a causa de los espíritus impuros que los amenazaban con ahogarlos, ahora lo tienen porque se saben enfrentados a un poder sobrenatural, el de Jesús, que no controlan, y lo perciben tan violento y poderoso como los espíritus impuros que derrotó. «Es importante caer en la cuenta de que el poder atribuido a Yahveh en el Antiguo Testamento se afirma ahora de Jesús, quien, a diferencia de Jonás, no logra que suceda lo milagroso por medio de la oración, sino que lo realiza en virtud de su plenitud de poder»²¹.

El empleo del adverbio griego oúpo: “Todavía no, aún no, de ningún modo”, en la pregunta de Jesús a sus discípulos «¿por qué son tan cobardes?, ¿todavía no tienen fe?» (Mc 4,40), manifiesta el reproche de Jesús por una identidad y misión reveladas que se suponía ya aceptada por los discípulos, pero que en realidad están lejos de conocer. Llevan ya un tiempo suficiente con el Mesías y aún no tienen conocimiento de Dios, puesto que si lo tuvieran excluirían el miedo y confiarían plenamente en él y en su Ungido, no buscando los propios caminos

¹⁹ Sobre la incomprensión de los discípulos, cfr. Mc 4,13; 6,49.51-52; 7,18; 8,17.

²⁰ Ex 15,16; Dt 2,25; 11,25.

²¹ J. Gnlika, *El Evangelio según san Marcos*, (2 vols), Salamanca: Sígueme, 1986, vol. I, 228.



a toda costa -una forma de idolatría en Oseas²²- sino “comulgando”²³ con Dios y sus planes, es decir, abandonándose como un niño a la soberanía y disposiciones del Padre (Sal 131).

La pregunta de Jesús a sus discípulos (Mc 4,40: «¿Por qué son tan cobardes? ¿Todavía no tienen fe?») y la de los discípulos entre sí (4,41: «¿Quién es éste...?») siguen abiertas, esperando que nosotros, lectores y discípulos de hoy, las respondamos.

2. *El endemoniado de Gerasa*

En la curación del endemoniado de Gerasa (Mc 5,1-20) varios tópicos vuelven a aparecer. Se trata siempre de la evangelización o anuncio del Reino por parte de Jesús como fuente y educador de la auténtica fe discipular.

Por primera vez en la narración de Marcos, Jesús entra en contacto con el mundo pagano para anunciar el Reino y revelar que no necesariamente hay que pertenecer al pueblo judío para alcanzar la liberación por parte de Dios y una vida humana digna.

Los discípulos no se vuelven a mencionar: si narrativamente han desaparecido, sin embargo, están históricamente presentes. En realidad, Jesús los tiene a ellos por testigos principales de sus acciones evangelizadoras. El que aparece y vuelve a ser sujeto de iniciativas y acciones es Jesús (Mc 5,1). Tan marcado es el contraste entre la iniciativa de Jesús y la desaparición narrativa de los discípulos que, aunque Marcos nos indica que todos «llegaron a la otra orilla del lago» (5,1: 3ra pers. plural), sólo Jesús «desembarcó» (5,2: 3ra pers. singular; ver 5,21). En lo sucesivo, el protagonismo es de Jesús; sus discípulos sólo serán testigos de la evangelización de Jesús y, cuando de nuevo tengan relevancia, será para objetar con una pregunta irónica la consulta de Jesús sobre quién lo apretujaba (5,31: cuando todos te aprietan, «¿tú preguntas quién te ha tocado?»; ver Lc 10,40).

²² Os 2,7.9-10; 7,10-11; 8,1-4.7-9.

²³ “Comulgar con Dios” equivale en parte y en sentido bíblico a “conocer a Dios”. El conocimiento bíblico es un tipo de vinculación con lo conocido.

La región de los gerasenos²⁴, adonde llega Jesús, es tierra extranjera y, por tanto, impura. Más aún, es allí donde expulsa espíritus impuros y no unos pocos, sino en gran cantidad y muy poderosos. El nombre del espíritu impuro es «Legión» (Mc 5,9)²⁵, lo que sugiere una gran cantidad de demonios con una fuerza muy difícil de vencer, destacándose así -por contraste- el grandioso poder de Jesús para dominar tal tipo de posesión demoniaca. También son impuros -según la ley mosaica y la tradición judía- los cerdos que allí se encuentran²⁶, los que serán poseídos por los espíritus impuros que residían en el hombre, y cerdos y espíritus se despeñarán al abismo, lugar donde habitan monstruos y demonios.

Esta insistencia en la impureza se completa con el dato de que el hombre endemoniado vivía entre los sepulcros (Mc 5,2.3.5), lugar de muertos, por tanto, lugar impuro y profano (Is 65,2-5). Todo mira a la descripción detallada y aterradora de la desgraciada y opresiva situación del hombre endemoniado, con las notas propias de un enajenado mental que -según el Talmud- son: vagar en la noche de un lugar a otro, vivir en los sepulcros, desgarrar los vestidos y romper todo lo que encuentra, fuerza no sólo sobrehumana, sino también inhumana.

Se subraya, pues, una intensa cadena de impurezas y una situación de profunda degradación humana a las que Jesús se enfrenta. Pero eso no es todo.

El endemoniado ha sido hecho esclavo de sus creencias (Mc 5,4: lo habían atado con cepos y cadenas) y cuando logra liberarse es sólo para vagar entre los sepulcros y el “monte”, para “dar gritos” y “herirse” (5,5). En el Antiguo Testamento encontramos la tríada “montaña, gritar y herirse”, para referirse al culto de los dioses falsos, tal como lo

²⁴ Gerasa (Mc 5,1; ver Lc 826) es una de las ciudades que forman la Decápolis. La mención de Gerasa en Mc 5,1 resulta problemática porque está lejos del lago de Galilea (a más de 50 km.); por lo mismo, Mateo propone “Gadara” situada a 19 km. al sudeste del lago por lo que su territorio se extendía hasta éste (Mt 8,28).

²⁵ El nombre del demonio es “legión” (Mc 5,9). Una legión romana variaba entre 4.200 y 6.000 soldados de infantería y caballería; su comandante político era un “cónsul” y su comandante militar un “pretor”; la legión se dividía en 10 cohortes de unos 500 soldados cada una; la cohorte, a su vez, contaba con unos 6 centuriones al mando de unos 80 a 100 soldados.

²⁶ Lv 11,7; Dt 14,8. *Miṣnah*: *Nedarim* 2,1; *Babá qammá* 7,7 («No se puede criar cerdos en ninguna parte»).



muestra el enfrentamiento de Elías con los profetas de ba'al²⁷. Son los llamados "altozanos" o cerros con cierta altitud de muchos relatos del Antiguo Testamento donde se construían santuarios a los dioses y se les daba culto²⁸. Respecto al sepulcro, el Salmo 68 dice que los hombres rebeldes son los que habitan «en los sepulcros», lejos de la «morada santa» donde habita Yahveh, el Dios santo de Israel (LXX Sal 68,6-7)²⁹.

Por tanto, el endemoniado de Gerasa que va y viene, día y noche, entre los sepulcros y el monte representa la impureza, la degradación humana y la idolatría de las naciones lejos del Mesías, situaciones que también se describen en el tercer Isaías (Is 65, 1-7), oráculo que presenta varios puntos de contacto con el relato de la curación del endemoniado de Gerasa.

«De lejos» (Mc 5,6), el endemoniado ve la posibilidad de salvación y corre donde Jesús. La expresión "de lejos" se usa en el Antiguo Testamento precisamente para designar a los pueblos paganos³⁰. Jesús, pues, es quien ofrece la salvación a todos, judíos y paganos.

Al llegar donde Jesús, el endemoniado "se postra" (Mc 5,6), es decir, cae dominado por la soberanía y superioridad del Ungido, cumpliéndose lo que la Carta de Santiago indica respecto a los demonios que se enfrentan a Dios: «¿Tú crees que existe un solo Dios? Haces bien; pero también los demonios creen y se estremecen» (Sant 2,19). Sin embargo, se trata en realidad de la humanidad pagana, lejos de Dios, la que se postra ante el Ungido, pues ve en él la posibilidad de salvación, es decir, percibe «los brazos siempre abiertos de Dios» para recibir a los gentiles «que andan por mal camino y siguen sus propios caprichos» (Is 65,2).

Lo que el endemoniado (= paganos) no encuentra en tantos montes (= dioses), con gritos y heridas (= sistema cultural) lo hallará en Jesús, confesándolo -como otros espíritus impuros- «Hijo del Dios altísimo»³¹. Reconoce que está ante el Hijo del Dios altísimo y, por lo

²⁷ 1 Re 18,20.26-27.28.

²⁸ 1 Re 14,23; 2 Re 14,4.

²⁹ Is 6,3; Jos 24,19.

³⁰ Mc 8,3; Dt 29,21; Jos 9,6.9; Tob 13,13; Is 5,26.

³¹ Pronunciar el nombre del adversario en una "fórmula de conjuro", como en Mc 5,7, para buscar el dominio y la soberanía sobre él.

mismo, más poderoso que todas las fuerzas sobre humanas que, para hombres y mujeres del siglo I, ejercen su dominio sobre el mundo y todos sus habitantes (Col 1,16). El título dado a Jesús, pues, equivale a Hijo del “Señor de los ejércitos” o “Señor de los cielos”³².

Sin embargo, el reconocimiento del verdadero Dios no es fácil. El hombre poseído por los espíritus impuros se resiste y pide -en nombre del Dios de Jesús- que no lo atormente más; percibe con claridad que será aniquilado (Mc 5,7). Para este hombre endemoniado, el Dios de Jesucristo sigue siendo un Dios violento que atormenta y no deja en paz a la gente. Esta vez, el endemoniado no representa a la humanidad pagana, oprimida por la impureza y la idolatría, sino que se trata de los mismos espíritus impuros, agentes de opresión y maldad, en cuanto realidades irreconciliables con el Dios de Jesucristo, santo y liberador. Por lo mismo, el Hijo Jesús -portador del Espíritu Santo de su Padre (1,10)- ordena a los espíritus malignos salir del hombre y les autoriza -con soberana majestad- entrar en una gran cantidad de cerdos (¡unos dos mil!), que se ahogan en el abismo. La ruina de la pira es irreversible y total. Los opresores y las opresiones fueron eliminadas de raíz. El encuentro con Jesús liberador acaba con la impureza y la idolatría y, como veremos, con la profunda degradación humana, consecuencia de ambas.

En el Antiguo Testamento, el cerdo o jabalí (joirós) -junto con representar la impureza- es también símbolo de opresión. Entre otros textos bíblicos, leemos en el Salmo 80: «¿Por qué has derribado su cerca -le pregunta el salmista a Dios-, para que se aprovechen de ella [de la viña que es Israel] todos los transeúntes, la destruya el jabalí y sirva de alimento a las fieras salvajes?» (Sal 80,13-14). El paradigma del opresor, Egipto, se ahogó en el mar Rojo como ahora la pira de cerdos en el mar de Galilea. Además, téngase en cuenta que en tiempos de Jesús, “cerdo” se decía despectivamente del imperio romano³³.

³² Hch 7,1; 16,17.

³³ Algunos comentaristas ven en el nombre “legión” y en los “dos mil cerdos” una alusión a la dominación romana; los dos mil cerdos sería una guarnición romana cercana al lugar de los hechos. Se trataría -según dichos comentaristas- de una crítica política de Jesús a la ocupación romana de Palestina.



Al expulsar a los demonios y permitir que se posesionen de los cerdos, Jesús provoca la ruptura radical entre un sistema de vida rebelde y opresor, y otro sellado por el Espíritu de Dios³⁴. Si se quiere, lo de Marcos es otro modo de decir aquello de san Pablo: ¡el hombre viejo ha dado lugar a una criatura nueva gracias a la fuerza del Espíritu!³⁵.

El signo de la liberación operada por Jesús es que el hombre de Gerasa prescinde de cadenas, deja de refugiarse entre los sepulcros y de gritar por los montes. Su aspecto de señor (Mc 5,15: “vestido”), su situación de paz y serenidad (“sentado”) y su condición de hombre honorable (“en su sano juicio”, no es un enajenado mental) es radicalmente diverso a lo de antes. ¡Ha recuperado su dignidad, el dominio de sí mismo y su condición de persona!

Quiere seguir a Jesús, pero Jesús, utilizando un vocabulario propio del lenguaje misionero³⁶, lo envía a evangelizar a los de su casa. El hombre en su nueva condición es enviado a transformarse él mismo en buena noticia, en sacramento o signo de lo «que el Señor ha hecho contigo» y de «cómo ha tenido compasión de ti» (Mc 5,19). Y se transforma en evangelizador no sólo de los suyos o los de su casa, sino de los pueblos de la Decápolis (5,20).

Una súplica, muy diferente a la del endemoniado liberado (Mc 5,18) habían hecho los cuidadores de cerdos (5,17), para que Jesús se fuera de su territorio³⁷, ya que su súplica llevaba implícita un fuerte reproche, porque veían en Jesús un peligro para su subsistencia material.

Marcos nos informa luego que mientras Jesús le pide al hombre sanado que anuncie “lo que Dios” ha hecho con él, éste proclama “lo que Jesús” hizo con él (Mc 5,19-20). Jesús, al darle tal orden («Cuenta todo lo que el Señor...»), y el hombre, en cambio, al proclamar lo que Jesús hizo con él, revela sobre todo para los discípulos, testigos del milagro, que las promesas de Dios se están cumpliendo mediante Jesús, quien fue reconocido por el espíritu impuro como «Hijo del Dios Altísimo». La liberación de los espíritus impuros, vivida como

³⁴ Rm 7,6; 8,1-17; 2 Cor 1,21-22; Gál 3,2-6; 5,16-26.

³⁵ Rm 6,6; 2 Cor 5,17; Ef 4,21-24; Col 3,9-10.

³⁶ El verbo empleado es *apaggéllo*: “contar, proclamar, confesar”; cfr. Hch 15,27; 26,20.

³⁷ Cfr. el mismo verbo *parakaléo* en Mc 5,17.18.

acontecimiento real y experiencia vital, lleva al hombre a vincular estrechamente a Jesús de Nazaret con Dios. Y, en cambio, los discípulos de Jesús siguen aún sin comprender. Ellos, que son judíos, no reconocen aún que Dios está cumpliendo sus promesas en y por su Ungido Jesús. ¿Dónde está su fe?

Lo que ocurrió al endemoniado de Gerasa fue gracias a que se encontró con el Evangelizador del Reino, Jesucristo, que lo condujo a la experiencia de Dios, su Padre, como acontecimiento real de liberación integral. Cuando aquel hombre descubre al único Dios desde lo que Dios hizo en su vida y con su vida, entonces fe (vocación) y proclamación (misión) se vuelven una misma realidad.

Mientras el comportamiento de los discípulos de Jesús sea como el que tuvieron durante la tempestad (Mc 4,35-41) y no logren pensar y conducirse con las categorías de Reino de Dios anunciado por Jesús, no alcanzarán -por la fe- la verdadera identidad de su Maestro (4,41: «¿Quién es éste...?») ni conocerán a quien lo envió. Ellos, pues, no son modelos de fe ni de evangelizadores y, en cambio, sí lo es el pagano que estaba endemoniado, quien representa a las naciones lejos de Dios. Donde no hay fe o sólo fe a medias, a nadie se puede proclamar, porque lo propio del encuentro con Jesucristo vivo es que se transforma en un llamado a la misión. Ser cristiano y ser misionero son dos términos que se reclaman mutuamente³⁸.

Pasemos ahora a los otros dos milagros, que no son milagros de exorcismos, sino de curación.

Jesús, el Médico que da vida: Mc 5,21-43

1. Organización literaria del texto

La organización literaria de Marcos 5,21-43, milagros de la hija de Jairo y de la hija de Israel (mujer con flujos de sangre), es como sigue:

- A Mc 5,21-24: Hija de Jairo: a orilla del lago y camino a la casa de Jairo.

³⁸ Cfr. Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, n° 68.



- B Mc 5,25-34: Hija de Israel.
 A' Mc 5,35-43: Hija de Jairo: camino a la casa de Jairo y en su casa.

Esta forma de ordenar el material narrativo no es extraña en Marcos³⁹.

2. *Situación de las mujeres... situación de Israel*

Se dan asombrosas semejanzas literarias entre el relato de la hija de Jairo y de la hija de Israel: ambos milagros son en la orilla judía del mar de Galilea; doce años tiene la hija de Jairo (Mc 5,42), así como doce son los años que la hija de Israel lleva enferma (5,25); ambas son mujeres y llamadas “hijas”, una en boca de Jairo (5,23; cfr. 5,35) y la otra en boca de Jesús (5,34); ambas mujeres, gracias a la fe (5,36.34), obtienen la salvación (5,23.34); en ambos milagros, se indica la postulación, aunque con distintos términos griegos (5,22.33).

Sorprende en ambos relatos el número “doce” por superfluo (Mc 5,25.42): la niña podría haber tenido 11 ó 13 años, para el resultado del milagro da lo mismo, al igual la hija de Israel, que podría haber estado enferma 11 ó 13 ó 15 años, lo que da igual. El doce es intencionado: ambas mujeres -que no tienen nombre ni rasgos personales- representan a las doce tribus de Israel, es decir, al pueblo de Dios de cara al Mesías. Además, fuera de Marcos 5,22, “Jairo” es siempre el «jefe de la sinagoga» (5,35. 36.38) por lo que prima en el relato la función de Jairo más que su persona con sus individualidades. La narración pareciera destacar que precisamente “el jefe de la sinagoga”, donde se venera y proclama la Ley que debiera dar vida, no ha podido darle vida a su hija que termina muriendo. De este modo, la niña que muere es figura del Israel de la antigua alianza que, teniendo la Ley, la ha convertido en infecunda, incapaz de generar la comunión con Dios y abrir al israelita a la vida de Dios: «¿Cómo pueden decir: “Somos sabios, poseemos la Ley del Señor”, si la pluma mentirosa de los escribas ha convertido esa ley en mentira?» (Jr 8,8). Al respecto es importante no olvidar que Jesús se encuentra en la orilla judía del lago de Galilea.

³⁹ Cfr., por ejemplo, Mc 4,3-20.

La situación de ambas mujeres, una muerta (la hija de Jairo) y la otra por morir después de haber hecho todo lo posible por vivir (la hija de Israel), son figuras de la situación del pueblo de Dios que vive dependiendo de la sinagoga y practicando la Ley mosaica sin aún poder vivir con fidelidad los compromisos de alianza con su Dios.

Como el jefe de la sinagoga no ha podido conseguir la salvación de su hija (= Israel) “se postra” ante Jesús pidiéndole que le devuelva la vida que la institución judía no le puede preservar⁴⁰. Al igual la mujer con flujos de sangre (= Israel), sometida a una muerte lenta ya que por la sangre se va la vida⁴¹, acude a Jesús y “lo toca” para quedar sana.

Por tanto, ni la Sinagoga ni la Ley son capaces de liberar a Israel de su destino cierto, la muerte, y restablecer su comunión con Dios por más que haya intentado obtener la salud con los medios que están a su alcance (Mc 5,26).

La hija de Jairo y la hija de Israel representan al Israel de Dios por quien el Señor se conmueve ante el desastre de “la doncella de mi pueblo”, y se pregunta: «¿Acaso no queda medicina en Galaad? ¿No hay allí ningún médico? ¿Por qué no ha progresado la curación de la doncella de mi pueblo?» (LXXJr 8,21-22).

Jesús, el Médico (Mc 5,26), sanará la enfermedad de Israel siempre y cuando éste lo busque con interés de sanarse (Jairo) y, tocándolo, entre en comunión con él (la hija de Israel).

Profundicemos algunos de estos aspectos.

Las mujeres del milagro bien podrían representar al Israel oprimido por los malos pastores que cargan al pueblo de leyes y ritos que no dan vida y libertad y, por el contrario, lo alejan más de Dios (Mt 23,13.15), según la denuncia profética que se remonta al Antiguo Testamento (Jr 23,1-8; Zac 11,4-17; Ez 34). Sin duda que, como la hija de Israel, el pueblo anhela un médico para su mal (Jr 8,21-22) y no logra encontrarlo por más que acude a curanderos y gaste sus bienes en

⁴⁰ Al respecto, cfr. la actitud de los judíos: Mc 5,40.

⁴¹ Gn 9,4-5; Lv 17,10-14; Dt 19,10; Jos 2,19.



medicinas (Mc 5,26)⁴². A diferencia de la mujer con flujos de sangre, Israel no se decide a tocar el manto de Jesús, extensión de la personalidad y poder de quien lo lleva. De haberse atrevido, inmediatamente hubiera quedado sano.

El contraste es vistoso: tanto tiempo con tantos médicos, recursos y sufrimientos sin conseguir nada, y ahora le bastó tocar a Jesús para quedar sana. ¿Por qué? Porque la sintonía de la mujer con Jesús es máxima, pues tanto él como ella sienten la conmoción interna que produce el anhelo de la mujer (Mc 5,28) y la comunión de fe con su Mesías (5,34): mientras Jesús siente que «una fuerza» salió de él⁴³, la mujer se siente curada... ¡y todo en el mismo instante y con eficacia inmediata! (ver Jn 4,53).

Jesús, dándose cuenta de que alguien lo ha tocado en forma tan particular, pregunta quién lo tocó. Como muchos lo apretujan, los discípulos de modo casi insolente se lo recuerdan: «Ves que la gente te apretuja y tú preguntas, ¿quién me tocó?» (Mc 5,31). Sin embargo, entre tantos que lo apretujan, sólo la mujer ha sabido acercarse con aquellas disposiciones que le permiten tocar la interioridad o identidad del Señor, y no sólo su exterioridad. Sólo una mujer con plena conciencia de su debilidad y de sus posibilidades frente a Jesús ha sabido adentrarse en su misterio.

La mujer, asustada y temblorosa, le cuenta «toda la verdad» (Mc 5,33). Y su verdad es un acontecimiento de liberación que tiene por centro a Jesús y que ha partido por el anhelo de vivir libre de opresiones y exclusiones. Jesús alaba la fe de esta mujer y señala los frutos que consigue por confiar intensamente en él: salvación y paz (5,34).

Se realiza de modo patente aquello de que «no necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mc 2,17). La mujer supo encontrar y confiar en el único Médico que podía curarla, y él fue la alternativa redentora y

⁴² 2 Cro 16,12-13; Eclo 10,10; 38,1-15.

⁴³ Sale de Jesús una *dynamis*, es decir, un poder, fuerza, potencia, capacidad... que obra milagros (Mc 5,30).

eficaz para que ella entrara en comunión con Dios y con los otros, y fuera nuevamente fecunda⁴⁴.

3. Concepto de enfermedad en Israel del siglo I

El concepto cultural de enfermedad es del todo particular en el Israel del siglo I dC., por entonces una sociedad agrícola pre-industrial de la cuenca del Mediterráneo.

Hoy, una enfermedad se entiende como una disfunción del organismo que se remedia gracias a un oportuno y conveniente tratamiento médico. La salud o curación, por tanto, se consigue extirpando o haciendo funcionar adecuadamente el órgano enfermo, restableciendo así el equilibrio bio-químico.

En el mundo judío, más que una disfunción corporal, la enfermedad se vive como pérdida del estatus de honor, es decir, pérdida de aquellas relaciones y valores que hacen ser al pater familias y sus parientes un intra-grupo sin consideración ni valía para el extra-grupo (la sociedad en la que vive). La razón es que la enfermedad pone al enfermo al margen de las normas y valores religiosos de Israel establecidos por la Ley mosaica, la tradición y las escuelas rabínicas. La enfermedad, pues, se teme mucho más por la pérdida del honor que trae consigo para sí mismo y el intra-grupo que por la disfunción o ausencia de algún órgano corporal, situación muy común en el siglo I por la falta de conocimientos médicos y de medicinas, por las guerras y las pestes. Sanar, por lo mismo, significa recuperar la salud corporal con la finalidad de adquirir de nuevo el estatus de honor que se perdió a causa de la enfermedad, integrando al paciente a su familia (sanguínea y religiosa) y a la sociedad.

Quizás, uno de los ejemplos más claro de lo afirmado es lo que un israelita del siglo I llamaría un "leproso". La "lepra" es una vistosa mancha en la piel que, según la Ley y aquellas costumbres, trae una grave pérdida del estatus de honor socio-religioso, por lo que el leproso no puede ingresar a la sinagoga ni al Templo, ni puede ofrecer sacrificios (exclusión cultural), ni participar de la vida familiar y comunitaria

⁴⁴ Gál 3,13-14.21-22.



(exclusión social). Al igual sucede con ciegos, cojos, personas con malformaciones visibles o no, como la mujer con flujos de sangre⁴⁵. Y lo grave no es tanto su disfunción biológica cuanto la pérdida irremediable de su estatus “de hijos de Israel”, miembro del Pueblo santo de Dios. Por esta condición adquirida, pasan de inmediato a ser marginados.

Pero, ¿cuál es la causa de que pierda su estatus de honor, aquel que le correspondería al enfermo según su intra-grupo? La causa está en quién provoca la enfermedad en tiempo de Jesús. Y quien la provoca es una fuerza no-humana y, considerando la jerarquía cósmica del siglo I, esa fuerza no-humana son los espíritus impuros y, sobre ellos, Belzebú o el «Príncipe de los demonios» o Satanás (Mc 3,22-23). Éstos, por ocupar un puesto más alto en la jerarquía de poder que los seres humanos, cuentan con una capacidad real de controlar la conducta humana, aunque siempre bajo el control de Dios⁴⁶. Es esta fuerza incontrolable y temida la que causa efectos nocivos en el ámbito humano, como pecados, enfermedades, sordera, ceguera, mudez...⁴⁷.

Por tanto, la pregunta ante un enfermo es: “¿De qué demonio está poseído”? o, con palabras del evangelio de Juan, «¿quién pecó?, ¿él o sus padres?» (Jn 9,2). El mismo Jesús -hijo de su tiempo- señala la íntima relación entre enfermedad y espíritu inmundo cuando, refiriéndose a una mujer «que desde hacía diez y ocho años estaba poseída por un espíritu que le producía una enfermedad» (Lc 13,11), pregunta: «Y a ésta que es una hija de Abrahán, a la que Satanás tenía atada hace diez y ocho años, ¿no convenía soltarla de su atadura en sábado?» (13,16).

Si el origen de las enfermedades son los pecados individuales o del intra-grupo y los espíritus impuros, el enfermo no se sana con medicamentos y operaciones, sino con exorcistas y exorcismos. Por lo mismo, importa la curación del órgano enfermo en cuanto signo de la derrota del espíritu inmundo; es decir, la enfermedad desaparece porque el demonio fue expulsado, y esto trae consigo la recuperación del estatus de honor perdido (Lc 8,39). Mediante el certificado de pureza

⁴⁵ Lv 21,16-23.

⁴⁶ Job 1,6-12.

⁴⁷ Dt 28; Mc 5,2-5; 9,25; 12,22.

ritual (Mc 1,44)⁴⁸, los sacerdotes comprueban y atestiguan que se ha recuperado el estatus de honor correspondiente a un miembro del Pueblo santo de Dios, por lo que éste puede nuevamente incorporarse al extra-grupo (Israel) con todos sus derechos y deberes.

Podemos ya reconstruir la forma y los sentimientos respecto a cómo vivía la hija de Israel su hemorragia, tan devastadora que por la sangre se le iba lentamente la vida. La mujer vivía terribles marginaciones, y no sólo por ser mujer en aquella sociedad patriarcal, sino sobre todo por ser enferma. Tres marginaciones, por lo menos, la oprimen: a)- Cultural, porque al vivir en permanente estado de impureza, está impedida de participar en las oraciones y sacrificios de su intra-grupo (familia, clan) y, con mayor razón, de su extra-grupo (Israel): vive, pues, excluida, de la comunión ritual con Dios; b)- Social, porque no puede participar en ninguna celebración (matrimonios, fiestas populares...): vive excluida de la comunidad, y c)- Sexual, porque le están prohibidas las relaciones conyugales y ningún varón, conociendo su situación, la tomaría por esposa: vive excluida, por tanto, de la fertilidad⁴⁹.

Es probable que sus sentimientos más frecuentes fueran los de vergüenza e indignidad a causa de su impureza y del rechazo, no sólo por parte de los suyos, sino también de parte de Dios, por vivir margen de los mapas culturales que definen quién es puro legalmente y quién no.

Desde esta perspectiva, la sanación de la hija de Israel es también un exorcismo, practicado por Jesús, pues la salud sólo la conseguirá si Jesús derrota los espíritus impuros que la poseen. Al sanarla con la fuerza que salió de él (Mc 5,30: *dynamis*), Jesús, aparentemente un hombre como cualquier otro, realiza acciones que están reservadas a seres muy por encima en la escala jerárquica de hombres e, incluso, de espíritus impuros. De aquí la admiración generalizada por lo que hace Jesús.

⁴⁸ Al respecto, ver Lev 14,2-32, acerca de las leyes que rigen la comprobación oficial de pureza, para uno que había sido impuro

⁴⁹ Al respecto, cfr. Lv 15,25-31; 20,18.



Conclusión: Evangelizar como Jesús, para transmitir la fe cristiana

Tanto el milagro de los discípulos en medio de la tempestad como el de la curación del endemoniado de Gerasa nos revelan a Jesús Evangelizador que busca impregnar a los suyos de la fe propiamente discipular, y al Evangelizador que saca a la humanidad de la impureza e idolatría que menoscaban su condición de ser humano creado a imagen y semejanza del único Dios, el Padre de Jesucristo. Jesús, pues, es el Señor que les da el don de la liberación mediante la fe, abriéndolos a la contemplación de su Misterio y al deseo de proclamarlo.

Por otro lado, la situación de la hija de Jairo y de la hija de Israel, que representan la condición de Israel lejos de su Dios y de su Ungido, nos hablan de progresiva desintegración personal y comunitaria, al punto de acabar ambas en la muerte. Para ellas, es decir, para Israel a quiénes ellas representan, Jesús es el Médico que les da el don de la vida mediante el encuentro personal que hace realidad un acontecimiento de gracia de parte de Dios: vida nueva y divina que resucita, purifica de pecados y destruye espíritus impuros, devolviendo la vida y la comunión.

Jesús, fuente de la fe de los suyos, es la realidad fundante de todas las nuevas evangelizaciones y no sólo porque es la fuente de la fe, sino también porque él es modelo de cómo se transmite la fe.

Corresponde, pues, que nos preguntemos cuáles son algunas de las características más notables que manifiesta Jesús, Señor y Médico, en cuanto anunciador del Reino del Padre para suscitar la fe discipular.

La auténtica fe discipular es:

- a. Una fe, por sobre todo, que escucha y obedece a Jesucristo, que sigue sus iniciativas, que lo toma siempre en cuenta, que confía en él a pesar de los peligros o “tempestades”. Esta fe modela un estilo de vida que transparenta los sentimientos e intenciones del Maestro (Flp 2,5). Esta fe sólo se adquiere si uno se sube a las barcas de las comunidades de la Iglesia, y éstas embarcan a Cristo como motor y brújula en la aventura de hacerse a la mar

de la evangelización junto a los compañeros de las otras barcas⁵⁰. Esta fe se nutre del rico patrimonio testimonial de la Iglesia y de nuestros hermanos mayores que han dado la vida por lo que profesaban. Es la fe que integra proyectos comunitarios, intensamente eclesiales, alegrándose con los signos de esperanza y doliéndose por los signos de maldad y rebeldía.

- b. Una fe que se adquiere en el encuentro personal con Cristo, quien toca todas las realidades del ser, particularmente las que son causas de temor y de marginación de cualquier tipo. A lo largo del relato de Marcos son varios los tipos de encuentros que se vislumbran. Hay encuentros que buscan poseer o atrapar a Jesús, como el de los discípulos que se lo llevan sin su consentimiento, haciendo prevalecer sus propias categorías (Mc 4,35-41); encuentros no queridos, más bien temidos, como el del endemoniado de Gerasa, pues el espíritu impuro percibe que se avecina su destrucción (5,1-20: «¿Qué tienes tú que ver conmigo...?»; cfr. 1,24); encuentros hondamente buscados, como el de Jairo, pues su hijita se muere (5,21-24.35-43), y encuentros tales, aunque con temor y acercándose por detrás, que integran en uno la vida y los sentimientos de Jesucristo, como el de la mujer con flujos de sangre (5,25-34). Por tanto, la fe no se adquiere por un “encuentro” sin más con Jesús, sino con aquel encuentro que hace realidad la comunión de las existencias, la vinculación personal y fiel con Jesús confesado como Señor y Salvador.
- c. Una fe que se explicita en todo tiempo y lugar en el anuncio gozoso del Reino, anuncio que involucra todo el ser, es decir, involucra -según la concepción israelita de la persona- “el corazón y los ojos” (el pensamiento emotivo), “la boca y los oídos” (el lenguaje auto-expresivo) y “las manos y los pies” (la ejecución, la puesta en práctica). La auténtica fe discipular transforma la vida y, la misma vida transformada, se hace testimonio de lo que Dios puede hacer en uno. Esto es lo que Jesús le pide al hombre, antes endemoniado: «Vete a tu casa con los tuyos, y cuéntales todo lo que el Dios ha hecho contigo y cómo ha tenido compasión de ti» (Mc 5,19). Y el que antes había estado endemoniado, ahora

⁵⁰ Cfr. Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, ns^o 1; 58.



hecho nueva creatura por el Mesías, se fue a proclamar «lo que Jesús había hecho con él» (5,20). El acontecimiento divino que libera y que pasa a incorporarse en la existencia como una experiencia vital, hace de la misma existencia una “buena noticia” (o “evangelio”) en medio de las realidades cotidianas.

- d. Una fe que ilumina la existencia porque es vinculación con Jesús, Liberador y Vida, explicitándose en discernimiento y fidelidad, y venciendo las acechanzas del demonio. Primero, porque purifica las zonas endemoniadas de la vida cristiana (soberbias, vicios, orgullos, egoísmos...) y, luego, porque discierne la presencia del demonio en el mundo y lo vence (1 Jn 3,8.10). La fe discipular destruye la cobardía y la angustia que provoca lo desconocido y lo poderoso, que amenaza la vida, y se aventura en formas de existencia fundadas en la total confianza en la soberanía de Dios. La fe discipular es confesión agradecida de la misericordia de Dios y proclamación convencida de que sólo el Señor vence demonios, a pesar de su cantidad y de su poder, inaugurando así el Reino de Dios (Lc 11,20).
- e. Una fe que, según el relato de los milagros, tiene una dinámica y unos pasos o momentos que la caracterizan. Esta dinámica de la fe discipular se despliega en un contexto de fuerte rechazo e incredulidad: antes del relato de los milagros, afirmaciones falsas de la identidad de Jesús (Mc 3,21-22), y luego del relato, la sorpresa de Jesús a causa de la falta de fe de parientes y paisanos de su pueblo, donde hace sólo unos pocos milagros por lo mismo (6,6). La fe discipular, en dicho contexto de rechazo, se alcanza mediante los siguientes pasos: 1º la enseñanza y la dynamis o fuerza que proceden de Jesús, la gente no se lo explica por un origen humano, aunque su protagonista sea un hombre; 2º por ello provocan una generalizada sorpresa y admiración, incluso de temor a lo divino, de carácter positivas, pues se percibe que Dios puede estar actuando por Jesús; 3º luego, a la sorpresa y admiración, suceden las preguntas sobre el origen de su sabiduría y de su poder, y sobre su identidad, porque lo que él hace y enseña con tanto poder y sabiduría ningún hombre lo puede realizar, a no ser que Dios esté con él (Jn 9,16); 4º finalmente, quien anhela y busca a Dios de corazón queda abierto al don de

la fe que, al recibirlo, por la “dimensión de iluminación” de la fe recibida, relee la obra de Jesús de Nazaret como cumplimiento de la promesas divinas contenidas en las Sagradas Escrituras; por la “dimensión de aceptación confiada” del Misterio revelado, cree en Jesús en cuanto Hijo de Dios y Mesías (Mc 1,1), lo que le permite explicarse tan extraordinaria sabiduría y poder y, por la “dimensión de vinculación”, moviliza toda su persona para vivir en comunión y seguimiento de su Señor.

Ahora bien, ¿cómo evangeliza Jesús para suscitar esta fe discipular?:

- a. Jesús evangeliza aconteciendo como realidad presente y transformante gracias al encuentro con él, al encuentro de ambos, pues Jesús acontece salvando mediante esta «comunión de voluntades» por la cual se realiza nuestra redención⁵¹. Allí, en el encuentro, manifiesta toda su dynamis o capacidad de Señor y Médico (identidad) que libera y da vida nueva (misión). Este encuentro está hecho de búsqueda apasionada por “tocar” la realidad humana y divina de Jesús de Nazaret. Sólo este encuentro personal de ambos, presencializa en la existencia humana la identidad y misión del Mesías.

- b. Jesús evangeliza abriendo a la contemplación de su Misterio y al de Dios, su Padre. El poder que Jesús manifiesta y sus consecuencias positivas para el ser humano son signos o caminos hacia el Misterio de su identidad, la que no se agota en el “hombre Jesús”. La fe discipular, por lo mismo, es aquella que hace posible la aceptación confiada de la intimidad de Dios manifestada en Jesucristo. Las primeras percepciones del Misterio por parte de los testigos de los milagros “de Jesús” (así lo indica el “temor a lo divino”) suscitan la admiración “en Jesús”, la que -a su vez- origina las preguntas por la identidad de aquel que obra con tal dynamis (Mc 4,41: “¿Quién es éste...?”). Jesús, pues, evangeliza conduciendo pedagógicamente a la contemplación creyente del Misterio de Dios y a la aceptación de fe de su propia persona y obra que sólo se explican si él es el Hijo de Dios y su Mesías.

⁵¹ Cardenal J. Ratzinger, «Homilía 18 abril 2005».



Por tratarse de un conocimiento y de una relación con Dios del todo nuevos, el método de Jesús no es el adoctrinamiento, sino el encuentro con el otro, gracias al cual se hace acontecimiento real y experiencia vital. Y desde estas realidades acaecidas, el testigo podrá confesar a quien así obra “Señor y Médico”, que libera y da vida nueva, porque ha derrotado sus realidades oscuras y opresoras.

- c. Jesús evangeliza obrando como “el Hijo de Dios Altísimo” que conduce al reconocimiento de un solo Dios, su Padre, y -por lo mismo- a la destrucción de los ídolos que pueblan la historia de las naciones y nuestras propias vidas. Lo hace saliendo mediante sus palabras y sus acciones milagrosas al encuentro del otro y aconteciendo en su vida con la finalidad de restaurar su humanidad, es decir, para recrearlo según la imagen del propio Hijo del hombre. El contraste es evidente: mientras los ídolos producen la desintegración de la condición humana, llevando al ser humano a grados indecibles de inhumanidad e indignidad, el Dios único es recreador de una nueva humanidad según el modelo del Nuevo Adán, su Hijo Jesucristo, que da vida (1 Cor 15,45).
- d. Jesús evangeliza entregando su fuerza divina para generar una conmoción interna y contemporánea entre el hombre y él. Mientras muchos tocaban a Jesús, sólo una mujer se conmovió internamente al tocarlo buscando un acontecimiento que fuera salvífico para ella (Mc 5,33: «La mujer..., porque sabía lo que le había sucedido...»). La evangelización por parte del discípulo de Jesús, como la de su Maestro, tiene que educar en la comunión con el Señor, para que el creyente pueda tocarlo de tal modo que “le arrebate” su fuerza divina, siempre sanadora, siempre liberadora. Se trata, pues, de educar en una fe que movilice a todo el hombre, su cuerpo, su conciencia, su libertad...⁵², a escuchar con sus oídos, a ver y contemplar con sus ojos, a tocar con sus manos la Palabra de la vida (1 Jn 1,1), aunque -como la mujer con flujos de sangre- tenga por momentos que ocultarse, asustarse, temblar...

⁵² Cfr. S. Silva Retamales, *Misión Continental y Nueva Evangelización: aportes y propuestas*, Bogotá CELAM, 2010, 73-88.

- e. Jesús evangeliza con la preocupación propia del pastor, es decir, con el corazón centrado en quien, a quién y a qué lo envió su Padre. Evangeliza aventurándose en territorios de paganos o no judíos, sin que los peligros lo paralicen, sin que los poderosos demonios que va enfrentar lo acobarden, sin temer los tiempos de soledad y contradicción. Gran parte de su vida, Jesús vivió su misión en contextos de adversidad y persecución y, una vez más, por su acción evangelizadora, los lugareños lo expulsan de su territorio (Mc 5,17).
- f. Jesús evangeliza con los signos propios del Reino de Dios: expulsando demonios, sanando las enfermedades y las dolencias del pueblo (Mt 4,23-25) por medio de potentes acciones que hacen posible la salvación de la vida para navegantes aterrorizados por la tempestad, la liberación y dignidad para un hombre poseído por un poderoso espíritu impuro, la vida para una niña que ha muerto y la curación total para una mujer con flujos de sangre. Así, por la intervención de Jesús, se hace realidad una de las promesas más esperadas por Israel: la paz que proviene del Mesías (Mc 5,34), que es -en los Evangelios- la condición que se obtiene en virtud de la salvación que proviene de Dios y que se traduce en esta tierra en vida sin penurias, en concordia con los demás y en amistad con Dios. La paz plena al fin de los tiempos viene a corresponder a la salvación escatológica de la persona completa⁵³.

⁵³ Lc 1,79; cfr. Ap 12,10.